

EL FACTOR SICOLOGICO EN LA GUERRA



Doctor GONZALO RESTREPO JARAMILLO

Es relativamente fácil seguir el pensamiento de los grandes caudillos militares en sus campañas, que obedecen siempre a objetivos políticos, por más que en algunos casos, como el de las primeras de Bonaparte en Italia, se trate de varios. El joven general corso no pretendía solamente liquidar el poderío de los austríacos en la península, sino echar las bases incontrastables de su poderío personal. El futuro emperador estaba claramente dibujado en el caudillo que recibía con una majestad tal que dejaba desconcertados a sus visitantes. Su modo de obrar no era el de subalterno sino el de jefe único. Ninguno de los grandes caudillos de la revolución, a pesar de sus victorias, tuvo nunca el esplendor que rodeaba a Napoleón en Italia. El Directorio se dio cuenta, muy pronto, de que su criatura se le había salido de las manos.

En cambio, es difícil interpretar la conducta de esos mismos jefes en ciertos momentos especiales, como la del mismo Napoleón en Waterloo, la de Aníbal después de Cannas y sobre todo en la batalla de Zama. Por qué, en esos momentos cruciales, como hoy dicen, ni el uno ni el otro estuvieron

a la altura de su genio? En realidad ambos, el corso y el cartaginés, se habían visto en situaciones más adversas desde el punto de vista puramente militar y habían triunfado. Pero en la llanura belga y la planicie africana no se les ocurrió ninguna de las maniobras audaces o de los golpes espectaculares que habían creado las victorias del Tesino, de Trebia, de Arcole, de Austerlitz. En Waterloo, por ejemplo, si Bonaparte empieza la batalla al clarear el día, no hubiera podido Blucher llegar a tiempo de auxiliar a los ingleses, y éstos, presionados por el hombre de Lodi, se habrían tenido que replegar, derrotados, sobre Bruselas. Pero Su Majestad el Emperador, era muy distinto del audaz mozalbete que en Italia jugaba su vida contra la posibilidad de un imperio. En Italia Napoleón lo podía ganar todo; en Bélgica lo podía perder todo.... y lo perdió.

En el fondo del problema, a nuestro modo de ver hay un asunto psicológico.

La conducción de las grandes empresas militares exige esfuerzo máximo. El genio militar debe poner la totalidad de su inteligencia, de su fuer-

za de voluntad y su energía en la obra emprendida. Precisamente esa eclosión de cualidades humanas de la más alta categoría, es la que se refleja sobre los soldados y los llena de la devoción y el entusiasmo que produce el heroísmo. Los gruñones de Bonaparte sabían que se jugaban la vida en cada encuentro, pero también que su general se la jugaba con ellos y, además, su prestigio. El Cabito no era el aristócrata lejano como Lúculo, sino el compañero de todas las horas. Lo que estaba construyendo lo construía con ellos.

Del lado del caudillo estaba la anticipación del porvenir. Hemos creído siempre que los hombres destinados por Dios a misiones excepcionales poseen una especie de vaga intuición de su futuro. Por eso, en su juventud, obran con una sicología de audacia que se funda en dos razones principales: el conocimiento de que si pierden una jugada pueden ensayar otra y la noción nebulosa pero presente a todas horas de que son los predestinados del éxito feliz.

Eso explica la increíble carrera de Aníbal, desde España hasta Capua. En sus movimientos hay una especie de sentido de seguridad, de confianza tranquila. Cannas no es sólo un modelo de maniobra, sino también de serenidad. Momentos antes de empezar el combate contesta con un chiste la asustada observación de un subalterno. Allí Aníbal es el hombre que posee confianza plena en su destino. Como la tenía Bonaparte en Rívoli.

Pero a raíz misma del triunfo el factor psicológico aparece. Un factor que lo hace vacilar.

Por qué no se lanza Aníbal sobre Roma? Es acaso que no sabe aprovechar la victoria como se lo dijo Maharbal?

Contestar afirmativamente sería desconocer el indiscutible genio de Aníbal. Después de Cannas se encontró con

el hecho desconcertante de que a pesar de la formidable derrota, Roma seguía en pie. Fue entonces cuando debió surgir en su ánimo generoso la primera duda fundamental sobre el éxito de su misión y de su vida, porque cualquier pueblo que no fuera Roma se habría derrumbado con Cannas.

Desde un punto de vista estrictamente militar sitiar a Roma no era la fácil operación que imaginan los críticos de Aníbal. La nación no había sufrido el pánico. Todo lo contrario, Roma estaba resuelta a lanzar a la lucha lo que aún le quedaba y era mucho: las ciudades fortificadas, las reservas de hombres, el dominio material de casi todo el territorio, y, principalmente, la voluntad inquebrantable de sobrevivir y de triunfar.

Aníbal había vivido de su movilidad. Inmovilizarse en líneas sitiadoras al pie de la urbe era perderse. Sus mismos aprovisionamientos eran de país enemigo. Roma no se podía tomar fácilmente por asalto y un sitio largo era el suicidio para el cartaginés.

Pero nosotros creemos tanto en el factor psicológico, que podemos confirmarlo con el hecho de que después de Cannas no volvió a brillar con su antiguo esplendor el genio de Aníbal. Tuvo triunfos locales, logró sostenerse, realizó la hazaña tal vez única en la historia de vivir largos años en medio de un país enemigo, pero ya no dio golpes como los que señalaron su carrera cuando descendió de los Alpes.

Cuando se embarcó para el Africa con el resto de sus tropas para defender a Cartago contra Escipión, Aníbal tuvo que comprender que había perdido definitivamente la partida. Pelear en Africa era la antítesis de su obra. Su plan genial, el que habría triunfado si en vez de depender de la mercantilista Cartago hubiera contado con un pueblo parecido a Roma, consistió en prescindir del Mediterráneo mediante su marcha por España, la Ga-

lia y el norte de Italia para atacar a Roma en su propia tierra, levantando al paso contra ella a sus antiguos vencidos. Pelear en Zama era ya someterse a la superioridad marítima de Roma, y entregarle la iniciativa. Los grandes ajedrecistas saben lo que esto significa.

Por parte de Aníbal la batalla de Zama no fue mal planeada ni mal dirigida. Estudiado por los profesores de táctica en las escuelas militares su dispositivo de combate, todos lo habrían aprobado, agregando algunos que era el único aconsejable. Además, el ejército cartaginés de Zama estaba en mejores proporciones numéricas con el romano que el de Cannas.

¿Qué faltaba entonces para el triunfo?

Faltaba el golpe de genio, algo que no podemos imaginar porque no somos Aníbal, pero que éste en plena juventud y en la flor de sus grandes esperanzas sí habría imaginado.

En el fondo, lo que ocurre es que para el hombre hay cosas más importantes y definitivas que el talento. Entre ellas la fuerza interior, el anhelo, el ansia, algo parecido a lo que el filósofo francés Bergson llamaba *l'elan vital*, el impulso vital.

Ese impulso depende de la fe en el feliz resultado de la obra. Lo pierde el viejo para la mayor parte de las empresas porque comprende que para él poco representa el desenlace. Próspero o adverso, le corresponde a la nueva generación. Se comprende la inverosímil resistencia de los cadetes en el Alcázar de Toledo cuando se recuerda que esos muchachos creían en el feliz suceso de los rebeldes y en la construcción de una nueva España. En cambio, son escasos los episodios como los del español Rodil, que decidió resistir en el Callao cuando ya el triunfo de los patriotas era un hecho cumplido. Su terquedad heroica se sale del marco de las cosas corrientes.

La batalla de Boyacá presenta entre las de nuestra independencia un aspecto especial que hemos atribuido a factores psicológicos y es la magnitud de la derrota. El ejército español se entregó casi íntegro, en vez de huir como lo había hecho muchas veces para reorganizarse. El combate había sido poco duro y hasta donde se nos alcanza, los vencidos no quedaban en una situación imposible. Pero es de imaginar que el orgulloso Barreiro, tan seguro del triunfo que pocos días antes hacía alancear a los prisioneros patriotas, se derrumbó psicológicamente. Perder las comunicaciones con Santa Fe y verse formal e indiscutiblemente derrotado por Bolívar era la ruina de todos sus planes, esperanzas y ambiciones.

El efecto psicológico de Boyacá se puede observar principalmente en Morillo, el más competente sin duda de los jefes peninsulares. Su conducta, su modo de ser cambiaron inmediatamente. Ya no fue el inflexible fusilador de patriotas sino que desde ese mismo instante empezó a considerar a Bolívar como un general del otro lado, no como el insurgente reo del delito de lesa majestad. La entrevista de Santa Ana fue solamente la culminación de un proceso psicológico. Morillo vio perdida la guerra y no quiso pelear más como hubiera podido hacerlo. Entregarle el mando a Latorre era reconocer que la reconquista había fallado.

De las anteriores consideraciones se puede sacar una consecuencia de orden general. Así como la guerra es la última jugada de la política, según lo vio con claridad meridiana Clausewitz, es también, respecto a sus conductores, la máxima prueba a que puede someterse su grandeza de alma. Esa grandeza, en plena actividad, es la que produce resultados tácticamente increíbles como Salamina, Maratón y Platea entre los griegos, o claramente improbables como Ayacucho entre nosotros.

Improbable por la desigualdad numérica de los patriotas y aún por las mismas posiciones ocupadas por los contendores, Verdún, una de las carnicerías más inútiles que haya visto el mundo en cuanto a resultados tácticos, es otra prueba de magnanimidad. Los alemanes hubieron de reconocer que posiciones técnicamente insostenibles seguían sostenidas.

Con respecto a esa calidad del alma en los españoles decía alguno refiriéndose al Alcázar de Toledo: Técnicamente los rojos habían tomado el Alcázar, pero los nacionalistas se negaron a recibir la noticia y se quedaron en él. Cuando uno lo visita y le explica la situación de los sitiados, después de la voladura de parte de los muros, ve que es cierto.

Un incidente de nuestras guerras civiles prueba la influencia del factor psicológico. Cuando los conservadores antioqueños recuperaron el Estado Soberano mediante las victorias de Yaurumal y Cascajo, un grupo liberal muy influyente se empeñó en persuadir al General Mosquera que se los restituyera. Mosquera se negó terminantemente. Y fue lógico. Para el hombre que acababa de conquistar el poder en lucha prolongada e incierta, carecía de todo interés enderezar el entuerto que sus copartidarios habían sufrido, por culpa propia, en Antioquia. "Ya estoy muy viejo para irme a que me maten de un tiro desde la loma de enfrente", cuentan que contestó a uno de sus tentadores, aludiendo a la muerte de Plaza y Bravo. En el fondo, Mosquera carecía de todo estímulo psicológico para meterse en la aventura.

Esa preponderancia del factor anímico hace imposible reducir a fórmulas matemáticas y precisas la ciencia militar. Ni la cobardía ni el heroísmo tienen límites previsibles, como tampoco los tienen las reacciones del co-

mandante en jefe ante determinada situación. ¿Por qué ordenó Lee, contra la opinión de sus tenientes, la heroica e infortunada carga de Pickett en Gettysburg? Posiblemente comprendió que la imposibilidad de cortar en dos el territorio de la Unión decidía la contienda y ensayó un último y desesperado esfuerzo. Pero en todo caso no fue por incompetencia o ignorancia. Era, sin duda, el mejor comandante en toda la guerra de Secesión. Hay que buscar en su alma la razón de la orden.

Con su brutalidad, sus crueldades, sus incertidumbres la guerra no logra eliminar en el hombre la preponderancia del espíritu. La psicología sigue siendo factor importantísimo en los cálculos militares, sólo que es demasiado difícil de medir. Cuando el Kaiser Guillermo II dio a sus generales la orden de "barrer ese ridículo ejército inglés" que se interponía entre sus legiones y el mar, la orden parecía militarmente fácil de cumplir porque los alemanes tenían allí marcada superioridad de hombres y de medios, pero los ingleses decidieron sostenerse en su sitio, contra todas las leyes del juego, inclusive las que ellos mismos habían estudiado en sus escuelas militares. Esa terquedad antitécnica influyó en el resultado final de la guerra varios años más tarde.

Como consecuencia de estas consideraciones, que pretenden tan solo llamar la atención sobre un aspecto de los problemas militares, nos atrevemos a afirmar:

Así como el Mariscal Foch sostuvo en su cátedra que la victoria pertenecía a la voluntad que fuera capaz de resistir más tiempo, también puede afirmarse que la derrota corresponde al comandante que cuya alma desfallece primero.